

## NOTAS Y COMENTARIOS

### LA ENCÍCLICA *FIDES ET RATIO* Y LA TAREA DEL FILÓSOFO CRISTIANO

La reciente encíclica *Fides et ratio* del Papa Juan Pablo II es la primera referida casi exclusivamente a cuestiones filosóficas desde que León XIII publicara, en 1879, la encíclica *Aeterni Patris*. Este último documento papal dió origen en su momento a un vigoroso renacimiento de la filosofía cristiana, en especial la inspirada en Tomás de Aquino, que se concretó en el movimiento denominado «neotomismo», en el que se alinearon pensadores de la categoría de Jacques Maritain, Étienne Gilson, Josef Pieper y Cornelio Fabro, y que se convirtió en un punto de referencia inexcusable en el desarrollo de la filosofía del siglo XX.

De la lectura atenta de la actual encíclica, es posible inferir que la intención del Papa Wojtyła parece ser la de generar un movimiento de ideas similar al que tuvo su nacimiento en la *Aeterni Patris* y que significó en su momento una renovación, actualización y difusión notables del pensamiento cristiano. Dentro de esa clave interpretativa, vamos a referirnos en lo que sigue a un punto que nos parece central en la encíclica, con la finalidad de llamar la atención de los estudiosos sobre su relevancia y pertinencia en el marco de la situación actual de la filosofía: nos referimos a la cuestión de la filosofía moderna y a la de la necesaria renovación de la filosofía del ser.

Respecto a esta cuestión, conviene recordar que, durante las sesiones del Concilio Vaticano II, el filósofo italiano Cornelio Fabro propuso a los padres conciliares una condena formal de la filosofía moderna en su misma esencia de modernidad; entre las consideraciones que justificaban la propuesta, se encontraban el subjetivismo de la mencionada modernidad, su declarado antropocentrismo y su rechazo obstinado del ser<sup>1</sup>. La propuesta de Fabro no fué receptada por los participantes del Concilio, pero la actual encíclica de Juan Pablo II no deja dudas en el sentido de un rechazo, si no

---

<sup>1</sup> Vide S. BRETON, «Sur la difficulté d'être thomiste aujourd'hui», en AA.VV., *Le statut contemporain de la philosophie première*, Beauchesne, Paris 1996, pp.333-346.

condenación formal, de la filosofía moderna en cuanto tal. En efecto, en *Fides et ratio* se afirma que «la filosofía moderna, dejando de orientar sobre el ser su investigación, ha concentrado sobre el conocimiento humano su propia búsqueda [...] Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y relativismo, que han llevado a la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general» (n. 5).

Más adelante explicita aún más estas ideas, al sostener que «lo que el pensamiento patrístico y medieval había concebido y realizado como unidad profunda, generadora de un conocimiento capaz de llegar a las formas más altas de la especulación, fue destruido de hecho por los sistemas que asumieron la posición de un conocimiento racional separado de la fe o alternativo de ella [...] No es exagerado afirmar —continúa— que buena parte del pensamiento filosófico moderno se ha desarrollado alejándose progresivamente de la revelación cristiana, hasta llegar a contraposiciones explícitas» (nn. 45/46); para finalizar destacando que «la teoría de la llamada filosofía “separada” (de la fe), seguida por numerosos filósofos modernos, está muy lejos de esta exigencia (de articulación con la fe). Más que afirmar la justa autonomía del filosofar, dicha filosofía reivindica una autosuficiencia del pensamiento que se demuestra claramente ilegítima» (n. 75).

Luego de la lectura de estos párrafos no pueden quedar dudas acerca del explícito y decisivo rechazo de la corriente central de la filosofía moderna por parte del Pontífice. En oposición a lo sostenido por esta corriente filosófica, Juan Pablo II defiende decididamente la filosofía realista del ser, porque «el *intellectus fidei* necesita la aportación de una filosofía del ser [...]; la filosofía del ser es una filosofía dinámica, que ve la realidad en sus estructuras ontológicas, causales y comunicativas. Ella tiene fuerza y perenne validez por estar fundamentada en el hecho mismo del ser, que permite la apertura plena y global hacia la realidad entera [...]» (n. 97). Y más concretamente, el Papa remite, como modelo de filosofía del ser, a la filosofía de Tomás de Aquino, quien «supo reconocer en su realismo la objetividad de la verdad. Su filosofía —concluye— es verdaderamente la filosofía del ser y no la del simple parecer» (n. 44), refiriéndose, en otro lugar de la misma encíclica, al «valor incomparable de la filosofía de Santo Tomás» (n. 57).

Esta doctrina, explicitada y desenvuelta por Juan Pablo II, tiene por otra parte una explicación racional de especial solidez: efectivamente, sólo una filosofía que tome como punto de partida la existencia y estructuras de la realidad y las conceptualice con la perspectiva universalizadora de la razón, es susceptible de servir de instrumento apto para la explicitación de la palabra de Dios. «Los cielos y la tierra cantan la gloria de Dios», decía el salmista, de modo tal que sólo una filosofía que suponga la existencia y la posibilidad de conocer «los cielos y la tierra», será idónea para ayudar a la indigente inteligencia humana en la comprensión y profundización de la verdad sobre Dios. Por el contrario, una filosofía que permanezca encerrada en la mera inmanencia humana, no podrá nunca ser el instrumento idóneo para el conocimiento y comprensión de una realidad que, como la de Dios, trasciende infinitamente al hombre y al mundo.

Ahora bien, esta propuesta de un renovado retorno a la filosofía del ser, no implica necesariamente un mero limitarse a la simple reiteración de las fórmulas y senten-

cias de los pensadores cristianos del pasado, por más valiosas que estas aparezcan. Juan Pablo II es muy explícito en el sentido de que la tarea filosófica de búsqueda de la verdad ha de ser llevada a cabo y explicitada «según las exigencias de nuestro tiempo», recalcando asimismo que «los numerosos problemas actuales exigen un trabajo común, aunque realizado con metodologías diversas, para que la verdad sea nuevamente conocida y expresada» (n. 92), para terminar con una exhortación «a recuperar y subrayar más la dimensión metafísica de la verdad, para entrar así en diálogo crítico y exigente tanto con el pensamiento filosófico contemporáneo como con toda la tradición filosófica [...]» (n. 105).

Por lo tanto, la lección que se desprende de la encíclica *Fides et ratio* para los cristianos llamados a la tarea filosófica, es la de una demanda urgente de repensar, reformular y dar nueva expresión a la filosofía del ser, es decir, aquella que tiene como punto de partida y fundamento la existencia e inteligibilidad —trabajosa, ardua y siempre limitada— de la realidad trascendente. Y no sólo de la realidad que trasciende las potencias cognoscitivas del hombre, sino también y principalmente, de aquella Realidad absoluta que trasciende radicalmente al universo y se constituye en causa y Ser participado de todo cuanto existe.

Dicho en otras palabras: de lo que se trata en nuestros días para el filósofo cristiano, es de romper las opresivas ataduras de la moda, «esa tiranía de lo efímero que se ejerce sobre los desertores de la eternidad» (Thibon) y, dejando de lado «el vacío rimbombo de la logística, el impenetrable cuchicheo de la hermenéutica» (von Balthasar), el sinsentido del «pensiero debole» (Vattimo) y la vacuidad del nihilismo «deconstructivo» posmoderno (Lyotard), atreverse por los caminos difíciles pero llenos de virtualidades de la búsqueda teórica de la verdad de las cosas.

La filosofía moderna logró privar a la filosofía de su carácter contemplativo, abocando por ello a un antropocentrismo ciego y, en última instancia, a un pragmatismo inmediatista; en todo caso, a la privación de sentido de la realidad, del pensamiento y de la vida humana. Por lo tanto, si lo que se pretende —y es estrictamente necesario para la vida buena del hombre— es el reencuentro del sentido de la existencia, será imprescindible abandonar los cánones gastados y herméticos de la filosofía moderna y adentrarse en los caminos de una auténtica posmodernidad: que no sea simplemente la culminación desencantada del pensamiento moderno, sino el reencuentro del hombre con la realidad perdida, con la verdad que libera y con el sentido de la vida buena. Éste parece ser el mensaje cardinal de la última encíclica de Juan Pablo II.

CARLOS I. MASSINI CORREAS

Universidad Nacional de Cuyo.

Universidad de Mendoza.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.